

EDITORIAL

TERRORISMO EN LAS ESCUELAS

El terrorismo —fenómeno censurable contra el cual BOHEMIA, al igual que los demás órganos de opinión, ha exteriorizado su crítica y su repulsa— se ha extendido recientemente a una esfera que debiera ser sagrada para todos: la de las escuelas públicas y privadas. Hasta entonces, se limitaban los atentados dinamiteros a lugares de recreo, industrias y residencias. Ahora amenazan ya en serie la vida de la infancia y la primera juventud.

Cuba es un país que, en los últimos tiempos, ha visto conmovidos muchos de los fundamentos que parecieron inalterables en su existencia. Instituciones respetabilísimas, concebidas y fundadas por los libertadores, cayeron de la noche a la mañana; los fueros ciudadanos, legislativos y judiciales, quedaron pisoteados; la seguridad humana desapareció en gran medida; la tradición genuinamente criolla de armoniosa convivencia y acatamiento al derecho ajeno recibió golpes sensibles. Pero, hasta hoy, el niño fué respetado. Parecía gozar de una condición inviolable y ser objeto de una devoción religiosa. Para la conciencia nacional, conturbada por tanta injusticia, había un rincón visible donde la violencia, el encono, la belicosa controversia política, se detenían, sin osar poner su pie: los escenarios de sosiego y enseñanza donde la niñez juega y estudia,

Nunca se repetirá bastante que el terrorismo es un arma negativa, infecunda, injustificable. No es por los caminos de muerte y destrucción por los que adelantan los pueblos ni logran superar sus trabas y vejámenes públicos. Esto lo ha dicho esta revista valientemente, sin retroceder un paso en su deber, arrojando la incomprensión de los extraviados. Pero mucho más grave aún es que los inocentes por su edad —los que Martí llamó "la esperanza del mundo"— deban pagar una monstruosa cuota de sufrimiento y exterminio. La protesta de BOHEMIA, el señalamiento del mal, las razones elevadas que a él se oponen —las mismas conveniencias políticas que aconsejan eludir esa siniestra responsabilidad— militan en contra de que tales ataques sombríos se repitan. Oiganse de una vez tantos argumentos morales, que desde todos los puntos de vista y en nombre de todos los valores humanos los condenan y proscriben. Salvaguardar la infancia no es una obligación sólo de las autoridades: lo es de todos los cubanos, sin distinción de credo o condición.